

Agatha Christie[®]

TERCERA
MUCHACHA



booket

Agatha Christie

Tercera muchacha

Traducción de Alberto Coscarelli



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Third Girl © 1966 Agatha Christie Limited. All rights reserved.

The Poirot icon is a trademark, and AGATHA CHRISTIE, POIROT, the Agatha Christie Signature and the AC Monogram Logo are registered trademarks in the UK and elsewhere. All rights reserved.
www.agathachristie.com

Agatha Christie[®]

Traducción de Alberto Coscarelli © Agatha Christie Limited. All rights reserved

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © David Sierra

Primera edición en Colección Booket: octubre de 2024

Depósito legal: B. 14.336-2024

ISBN: 978-84-08-29372-9

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

Hércules Poirot se había sentado a desayunar. Junto a su mano derecha había una taza de chocolate humeante. Siempre había sido aficionado a los dulces. Para acompañar el chocolate tenía un *brioche*, el complemento ideal. Asintió complacido. Lo había adquirido en la cuarta pastelería que había visitado. Se trataba de una *pâtisserie* danesa, pero muy superior a la supuestamente francesa que había en el barrio. Esta, sencillamente, era un fraude.

Se sintió satisfecho desde el punto de vista gastronómico. Su estómago estaba en paz. También lo estaba su mente, quizá en exceso. Había acabado su *Magnum opus*, un análisis de los grandes escritores de novela policíaca. Se había permitido hablar mordazmente de Edgar Allan Poe, se había quejado de la falta de método y de orden en los románticos relatos de Wilkie Collins, había puesto por las nubes a dos autores norteamericanos prácticamente desconocidos y, de muy diversas maneras, había concedido honores allí donde se merecían y escatimado sin piedad cuando juzgó que eran inmerecidos. Había seguido todo el proceso de impresión, había repasado las pruebas y, aparte de un número de erratas realmente increíble, había dado el visto bueno. Había disfrutado mucho con este proyecto literario, aunque algunas veces había resoplado de disgusto mientras estrellaba el libro contra el suelo (pese a que nunca se había olvidado de recogerlo y arrojarlo a la pape-

lera como estaba mandado), pero había gozado lo suyo en las escasas ocasiones en las que su aprobación estaba plenamente justificada.

¿Y ahora qué? Se había tomado un grato interludio de relajación, muy necesario después de una tarea intelectual. Sin embargo, no se podía permanecer relajado eternamente, había que pasar a la siguiente tarea. Por desgracia, no tenía ni la más remota idea de cuál podría ser. ¿Algún otro proyecto literario? Creía que no. Las cosas se hacen bien una sola vez, y no hay que volver a tocarlas. Este era su lema. El problema era que se aburría. Toda aquella extenuante actividad mental a la que se había dedicado había sido un exceso. Le había hecho adquirir malos hábitos, le había hecho sentirse ansioso.

¡Deplorable! Meneó la cabeza y bebió otro sorbo de chocolate.

Se abrió la puerta y entró el impecable George, su ayuda de cámara. Su actitud era respetuosa, aunque reflejaba una ligera incertidumbre. Carraspeó discretamente.

—Acaba de llegar una... —anunció en voz baja y se detuvo— joven señorita.

Poirot le miró sorprendido y con ligera expresión de reproche.

—No recibo a nadie a estas horas —protestó.

—No, señor —ratificó George.

Amo y criado intercambiaron una mirada. La comunicación entre ellos algunas veces estaba plagada de dificultades. George, por el tono, el matiz o la elección de determinadas palabras, podía dar a entender que se podía averiguar algo más si se formulaba la pregunta adecuada. Poirot consideró cuál podría ser la pregunta correcta en este caso.

—¿La señorita es bien parecida?

—No desde mi punto de vista, señor, aunque no hay nada escrito en materia de gustos.

Poirot estudió la respuesta. Recordó la breve pausa que George había intercalado antes de «joven señorita». George era un fino observador de las clases sociales. Tenía sus reservas sobre la condición social de la visitante, pero le había otorgado el beneficio de la duda.

—¿Es usted de la opinión de que es una joven señorita más que, digamos, una muchacha?

—Creo que sí, señor, aunque no siempre es sencillo saberlo en estos tiempos —manifestó George con auténtico pesar.

—¿Ha mencionado algún motivo para justificar su visita?

—Ha manifestado —respondió George pronunciando las palabras con cierto desagrado y como si pidiera disculpas por anticipado— que desea consultarle sobre un asesinato que pudo haber cometido.

Hércules Poirot lo miró fijamente. Enarcó las cejas.

—¿Pudo haber cometido? ¿No lo sabe?

—Eso es lo que ha dicho, señor.

—Muy poco satisfactorio, aunque posiblemente interesante.

—Quizá se trate de una broma, señor —señaló George con un tono de duda.

—Supongo que cualquier cosa es posible —admitió Poirot—, pero nadie diría que... —Cogió la taza—. Hágala pasar dentro de cinco minutos.

Poirot se acabó el chocolate. Dejó la taza sobre la mesa y se levantó. Se acercó a la chimenea y se atusó los bigotes cuidadosamente, mirándose en el espejo que estaba sobre la repisa. Satisfecho, volvió a su silla y aguardó la llegada de su visitante. No sabía muy bien qué podía esperar.

Quizá confiara en ver a alguien que se acercaba a su concepto de perfección femenina. No se había olvidado de la manida frase «una belleza en apuros». Se llevó una desilusión cuando George reapareció en compañía de la visi-

tante. Meneó la cabeza y exhaló un suspiro para sus adentros. La joven no era una belleza ni mostraba la menor señal de angustia. Como mucho se podía hablar de una ligera perplejidad.

«¡Bah! ¡Esas muchachas! ¿Es que ni siquiera intentan hacer algo por ellas mismas? Bien maquillada, vestida con elegancia y el pelo peinado por un buen peluquero, quizá podría pasar. ¡Pero así!», se dijo.

La visitante era una joven de unos veintitantos años. El pelo largo, grasiento y de un color indeterminado, le caía sobre los hombros. Los ojos grandes y de un color azul verdoso parecían velados por la apatía. Vestía lo que en apariencia era el uniforme obligado de su generación. Botas altas de cuero negro, medias caladas de lana blanca de una limpieza discutible, una falda muy corta y un largo y muy amplio jersey de lana gruesa. Cualquier persona de la edad y generación de Poirot hubiera compartido el mismo deseo: meter a la muchacha en una bañera en el acto. Muchas veces había sentido ese impulso mientras caminaba por la calle. Había centenares de muchachas con el mismo aspecto. Todas parecían sucias. Sin embargo, había una contradicción en esas palabras: esta chica tenía todo el aspecto de haber sido sacada hacía muy poco de las aguas de un río. «Estas muchachas —se dijo— no eran en realidad sucias. Sencillamente se tomaban una infinidad de molestias para parecerlo.»

Se puso de pie con su habitual cortesía, le estrechó la mano y le acercó una silla.

—¿Deseaba usted verme, mademoiselle? Por favor, siéntese.

—¡Oh! —exclamó la joven con un leve jadeo. Miró a Poirot con mucha atención.

—*Eh bien?*

La joven vaciló durante un instante.

—Creo que prefiero quedarme de pie. —La mirada

de duda no desaparecía de los grandes ojos de la visitante.

—Como usted quiera. —Poirot volvió a sentarse y la miró, esperando en silencio.

La joven frotó un zapato contra el otro. Se miró los pies y después otra vez al detective.

—¿Es usted verdaderamente Hércules Poirot?

—Así es. ¿En qué puedo servirle?

—Verá, es algo difícil. Me refiero a que...

Poirot consideró que la joven necesitaba la ayuda de un apuntador.

—Mi criado me ha dicho que usted deseaba verme porque creía «ser la autora de un asesinato» —manifestó—. ¿Es eso correcto?

—Sí, lo es —asintió la visitante.

—Es obvio que no se trata de un asunto que admita ninguna clase de duda. Usted debe saber si ha cometido o no un asesinato.

—La verdad es que no sé muy bien cómo explicarlo.

—Venga —dijo Poirot con un tono bondadoso—. Siéntese. Relájese. Cuéntemelo todo.

—No creo... La verdad es que no sé cómo... Verá, todo es tan complicado. Acabo de cambiar de opinión. No quiero parecer descortés, pero creo que lo mejor será que me marche ahora mismo.

—Ánimo. Cuéntemelo.

—No, no puedo. Creía que podía venir aquí y preguntarle a usted qué debía hacer, pero no puedo continuar, enténdalo. Todo es tan diferente a como...

—¿Como qué?

—Lo siento muchísimo y no quiero parecer grosera, pero...

Exhaló un suspiro tremendo, miró a Poirot, desvió la mirada y de pronto le espetó:

—¡Es usted demasiado viejo! Nadie me había dicho que

era usted tan viejo. Le aseguro que no quiero parecer impertinente, pero así son las cosas. Usted es demasiado viejo. Lo siento muchísimo.

Se volvió bruscamente y salió a trompicones de la habitación, como una polilla que se golpea con desesperación contra una bombilla eléctrica.

Poirot, boquiabierto, oyó el portazo.

—*Nom d'un nom d'un nom!* —exclamó.

Capítulo 2

I

Sonó el teléfono.

Hércules Poirot ni siquiera pareció darse cuenta del hecho.

Sonó con una aguda y molesta insistencia.

George entró en la habitación y se acercó al aparato, al tiempo que miraba a Poirot con una expresión interrogativa.

Poirot hizo un ademán.

—Déjelo.

George obedeció y salió de la habitación. El teléfono continuó sonando. El sonido, agudo y molesto, continuó hasta que se interrumpió bruscamente. Sin embargo, al cabo de un par de minutos volvió a sonar.

—¡Ah, *sapristi!* Tiene que ser una mujer. No hay ninguna duda de que es una mujer.

Exhaló un suspiro, se levantó y atendió la llamada.

—*Allô!*

—¿Es usted? ¿Hablo con monsieur Poirot?

—Sí, el mismo.

—Soy la señora Oliver. Su voz suena diferente. Al principio no la he reconocido.

—*Bonjour, madame*, ¿cómo está usted?

—Muy bien, gracias. —La voz de Ariadne Oliver sona-

ba con su optimismo habitual. La famosa escritora de novelas policíacas y Poirot eran buenos amigos.

—Sé que es un poco temprano para llamarle, pero quiero pedirle un favor.

—¿Sí?

—Se trata de la cena anual de nuestro Club de Autores Policiacos. Me preguntaba si usted aceptaría ser nuestro orador invitado de este año. Sería encantador por su parte que aceptara la invitación.

—¿Cuándo es la cena?

—El veintitrés del mes que viene.

La señora Oliver oyó un profundo y triste suspiro.

—¡Lo siento! Soy demasiado viejo.

—¿Demasiado viejo? ¿De qué demonios está hablando? Usted no tiene nada de viejo.

—¿Usted cree que no?

—Por supuesto que no. Es un hombre magnífico. Y nos podrá contar un montón de historias maravillosas sobre crímenes reales.

—¿Quién querrá escucharlas?

—Todo el mundo. Mis colegas... ¿Le pasa algo, Poirot? ¿Ha ocurrido algo grave? Parece usted alterado.

—Sí, estoy alterado. Mis sentimientos... ¡Bah!, no tiene importancia.

—Pero puede contármelo a mí.

—¿Qué sentido tiene montar tanto jaleo?

—¿Por qué no? Será mejor que venga y me lo cuente todo. ¿Cuándo vendrá? Esta tarde. Venga a tomar el té.

—No tomo té.

—Entonces un café.

—No es la hora del día en que acostumbro a tomar café.

—¿Chocolate? ¿Con nata por encima? O una tisana. Sé que le encantan las tisanas. ¿Limonada? ¿Una naranjada? Puedo hacerle un café descafeinado si lo consigo.

—Ah, ça, non, *par exemple!* Eso es una abominación.

—Uno de esos *sirops* que tanto le gustan. Tengo media botella de Ribena en un armario.

—¿Qué es un Ribena?

—*Sirop de cassis*.

—¡Vaya, hay que quitarse el sombrero ante usted! Sabe convencer, madame. Me siento conmovido por su interés. Aceptaré con placer tomar una taza de chocolate esta tarde.

—Bien, y de paso me contará que es eso tan grave que lo tiene tan alterado.

La señora Oliver colgó.

II

Poirot reflexionó durante unos momentos. Luego marcó un número de teléfono.

—¿El señor Goby? —preguntó cuando atendieron la llamada—. Le habla Hércules Poirot. ¿Está usted muy ocupado?

—Más o menos —respondió la voz del señor Goby—, tirando a más. Pero para complacerle a usted, monsieur Poirot, si es que tiene prisa, como suele ser el caso... Bueno, yo no diría que mis muchachos no puedan ocuparse de la mayor parte de lo que llevamos entre manos. Desde luego, ya no es tan sencillo como antes conseguir buenos colaboradores. En otros tiempos todo era muy distinto. Se creen que lo saben todo cuando todavía no han empezado a aprender. Pero qué se puede hacer. No se pueden esperar cabezas de viejos sobre hombros jóvenes. Estaré encantado de ponerme a su disposición, monsieur Poirot. Quizá pueda encargarle la tarea a un par de mis mejores muchachos. Supongo que se trata de lo habitual. ¿Recoger información?

El señor Goby escuchó atentamente mientras Poirot le explicaba con todo detalle cuál era el trabajo a realizar.

Después de hablar con el señor Goby, el detective belga llamó a Scotland Yard, preguntó por un viejo amigo y esperó unos minutos a que le pasaran la llamada. El hombre escuchó la petición de Poirot.

—No pide casi nada, ¿verdad? —comentó—. Un asesinato en cualquier parte. Hora, lugar y víctima desconocidos. Suena un poco como jugar a la gallinita ciega, ¿no le parece? —Hizo una pausa y añadió con tono de reproche—: ¡Por lo que se ve, no sabe usted absolutamente nada!

III

A las cuatro y cuarto de aquella tarde, Poirot se encontraba instalado en la sala de la señora Oliver disfrutando de un excelente chocolate con nata montada que su anfitriona acababa de servirle. Para acompañar, había añadido una fuente con lenguas de gato.

—*Chère madame*, cuánta bondad.

Por encima del borde de la taza, contempló con cierta sorpresa el peinado de la señora Oliver y el nuevo papel que tapizaba las paredes. Ambos eran una novedad. La última vez que había visto a su amiga, el estilo de peinado había sido sencillo y severo. Ahora mostraba una abundancia de tirabuzones y rizos dispuestos con un diseño de lo más intrincado. Sospechó que aquella lujosa exuberancia era en gran parte artificial. Consideró desde un punto de vista científico cuántos de aquellos tirabuzones y rizos podrían caer inesperadamente si se daba el caso de que la señora Oliver se levantara de un salto como tenía por costumbre. En cuanto al papel de la pared...

—¿Las cerezas son nuevas? —preguntó, señalándolas con la cucharilla. Tenía la sensación de estar sentado en medio de una plantación de cerezos.

—¿Cree usted que hay demasiadas? —replicó la escritora—. La verdad es que resulta muy difícil prever cuál es el efecto que producirá cuando se trata de empapelar. ¿Le parece que el anterior papel pintado quedaba mejor?

Poirot hizo un esfuerzo y recordó vagamente una legión de pájaros tropicales multicolores en una selva. Tuvo la tentación de comentar: *Plus ça change, plus c'est la même chose*, pero se contuvo.

—Ahora —añadió la mujer mientras el invitado dejaba la taza en el platillo, se arrellanaba en la butaca con un suspiro de satisfacción y se limpiaba discretamente los restos de nata de los bigotes— cuénteme qué le pasa.

—Se lo voy a contar en pocas palabras. Esta mañana ha venido a verme una muchacha. Sugerí que debía pedir una cita. Uno tiene sus rutinas, usted ya me comprende. La respuesta fue que deseaba verme de inmediato porque pensaba que cabía la posibilidad de que hubiera cometido un asesinato.

—¡Qué cosa tan extraña! ¿No estaba segura de algo así?

—¡Precisamente! *C'est inouï!* Le indiqué a George que la hiciera pasar. ¡Y se quedó allí plantada! Se negó a sentarse. Sencillamente, se quedó de pie mirándome. Parecía bastante lela. Intenté animarla. De pronto declaró que había cambiado de parecer. Dijo que no quería ser descortés pero que..., no sé qué pensará usted, que yo era demasiado viejo.

La señora Oliver se apresuró a manifestar unas palabras de consuelo.

—Oh, no haga usted caso, los jóvenes son así. Creen que cualquiera con más de treinta y cinco años es una momia. Los pobres no tienen cabeza, debe comprenderlo.

—Me hirió —afirmó Poirot lacónicamente.

—Yo en su lugar no me preocuparía. Desde luego, es una auténtica descortesía.

—Eso no tiene importancia, aunque lo esencial de todo

esto no son solo mis sentimientos. Estoy preocupado, sí, lo estoy.

—Insisto en que debe usted olvidarse del tema —le recomendó la señora Oliver tratando de reconfortarlo.

—Usted no lo comprende. Me preocupa la muchacha. Vino a verme en busca de ayuda. Luego decidió que era demasiado viejo, demasiado viejo para serle de alguna utilidad. Se equivocaba, desde luego, eso no hace falta ni decirlo, y luego se marchó sin más. Pero le aseguro que esa chica necesita ayuda.

—Creo que en realidad no la necesitaba —señaló la anfitriona, dispuesta a calmar a su amigo—. Las muchachas acostumbran a montar un jaleo por cualquier cosa.

—No. Se equivoca. La joven que me ha visitado necesitaba ayuda.

—¿Cree que verdaderamente ha cometido un asesinato?

—¿Y por qué? Eso fue lo que dijo.

—Sí, pero... —la señora Oliver se interrumpió—. Ella dijo que quizá lo había cometido —añadió con voz pausada—. ¿Qué habrá querido darle a entender en realidad?

—No lo sé. No tiene ningún sentido.

—¿Que ella asesinó a alguien o que creía haberlo asesinado?

Poirot se encogió de hombros.

—¿Por qué dijo que había asesinado a alguien? ¿Y cuál sería el móvil de ese crimen?

Poirot repitió el gesto.

—Han podido sucederle muchas cosas, desde luego. —La señora Oliver se animó mientras ponía en marcha su fértil imaginación detectivesca—. Quizá atropelló a alguien con el coche y no se detuvo. Tal vez se vio atacada por un hombre al borde de un acantilado, tuvieron un forcejeo y ella consiguió arrojarlo por el precipicio. Quizá se confundió a la hora de darle a alguien su medicina, o fue a una de esas fiestas donde consumen drogas, tuvo

una pelea con alguien y después descubrió que le había apuñalado.

—*Assez, madame, assez!*

Pero la señora Oliver ya estaba lanzada.

—Quizá es una enfermera de cirugía y en el quirófano le administró al paciente el anestésico equivocado o... —Se interrumpió súbitamente, ansiosa por conocer más detalles—. ¿Qué aspecto tenía?

Poirot hizo memoria.

—Algo parecido a una Ofelia carente de atractivo físico.

—Caramba. Casi puedo verla cuando usted lo dice —manifestó la escritora—. Qué extraño.

—No me pareció una joven decidida —opinó Poirot—. Es así como la veo. Alguien incapaz de enfrentarse a las dificultades. Una de esas que no ven de antemano los peligros que se le vienen encima. Una chica a la que los demás miran y dicen: «Necesitamos una víctima. Esa nos servirá».

Las palabras de Poirot cayeron en saco roto porque la señora Oliver ya no le escuchaba. Se sujetaba los enormes tirabuzones con las dos manos en un gesto que el detective conocía muy bien.

—¡Un momento! —gritó la mujer como si estuviera a punto de morir—. ¡Espere un momento!

Poirot esperó con las cejas enarcadas.

—No me ha dicho su nombre.

—No me lo dijo. Coincidió con usted en que es lamentable.

—¡Un momento! —volvió a implorar la anfitriona con idéntica agonía. Apartó las manos de la cabeza y exhaló un sonoro suspiro. El pelo se desprendió, liberado por fin, y cayó sobre sus hombros. Un soberbio tirabuzón se separó completamente de los demás y rodó por el suelo. Poirot lo recogió con discreción y lo dejó sobre la mesa.

—Por fin —añadió la señora Oliver, recuperando la cal-

ma como por arte de magia. Puso un par de horquillas en su sitio y asintió con energía mientras pensaba—. ¿Quién le habló a la muchacha de usted, monsieur Poirot?

—No lo sé. Naturalmente, habría oído hablar de mí.

La señora Oliver consideró que «naturalmente» no era una palabra en absoluto adecuada. Lo que sí era natural era que Poirot estuviese convencido de que todo el mundo había oído hablar de su persona. En realidad, había legiones de personas que demostrarían una ignorancia total si se les mencionara el nombre de Hércules Poirot, sobre todo entre la generación joven. Se preguntó cómo se lo podía explicar de un modo que no hiriese sus sentimientos.

—Creo que está usted en un error —manifestó—, las muchachas y los jóvenes no saben gran cosa de detectives y asuntos así. No han oído hablar de ellos.

—Todo el mundo ha tenido que oír hablar de Hércules Poirot —afirmó el interesado con un tono de soberbia.

Esto era un dogma de fe para el detective.

—Debe comprender que, en la actualidad, a la mayoría de los jóvenes se les educa muy mal. En realidad, las únicas personas a las que conocen por su nombre son los cantantes pop, los grupos musicales, los disc jockeys y esa clase de gente. Si necesita a alguien especial, me refiero a un médico, un detective o un dentista, bien, entonces tendrá que preguntarle a alguien quién es la persona más adecuada a su necesidad. Entonces la otra persona dirá: «Querida, tienes que ir a ver a ese hombre absolutamente maravilloso de Queen Anne's Street. Te retuerce las piernas tres veces alrededor de la cabeza y estás curada», «Me robaron todos los diamantes y Henry me hubiera matado, así que no podía ir a la policía, pero conseguí un detective que es un sabueso de lo más discreto. Se encargó de recuperarlos y Henry no se enteró ni de media palabra». Es así como funcionan estas cosas. Alguien le envió a esa muchacha, monsieur Poirot.

—Lo dudo mucho.

—Usted no podía saber eso hasta que se lo dijeran. Y yo se lo voy a decir ahora. Lo acabo de recordar en este momento. Esa muchacha fue a verlo por indicación mía.

Poirot la miró pasmado.

—¿Usted? ¿Y por qué no me lo ha dicho enseguida?

—Porque, como le acabo decir, lo he recordado ahora mismo, cuando usted ha hablado de una Ofelia: el pelo largo y como si estuviese mojado, bastante fea. Me pareció la descripción de alguien que había visto hacía muy poco. Entonces recordé quién es.

—¿Quién es?

—En realidad no sé su nombre, pero lo puedo averiguar sin problemas. Estuvimos charlando de detectives privados, y le hablé de usted y de algunas de las cosas extraordinarias que había hecho.

—¿Le dio usted mi dirección?

—No, desde luego que no. No tenía idea de que ella necesitara un detective o algo parecido. Solo estábamos hablando. Pero mencioné su nombre varias veces y, por supuesto, si estaba interesada, no tenía más que buscarlo en la guía telefónica y presentarse en su casa.

—¿Hablaban ustedes de asesinatos?

—No que yo recuerde. Ni siquiera sé cómo fue que acabamos hablando de detectives, a menos que... Sí, quizá fue ella la que sacó el tema.

—Entonces, cuénteme todo lo que pueda. Incluso si no sabe su nombre, explíqueme todo lo que sepa sobre la muchacha.

—Fue el fin de semana pasado. Yo estaba con los Lorri-mer. No tienen nada que ver con el tema, excepto que fueron ellos los que me invitaron a casa de unos amigos suyos a tomar una copa. Había varias personas y la verdad es que no me divertí demasiado porque, como usted sabe, no me gusta beber, y entonces tienen que ir a buscarme algún

refresco, lo que no deja de ser una lata. Además, en esas reuniones la gente me suele decir todo eso de que les gustan mis libros, que se mueren de ganas de conocerme, y a mí me provoca vergüenza, me preocupa y me hace sentir como una tonta, aunque más o menos me las apaño y lo soporto. También hablan de lo mucho que les gusta mi espantoso detective Sven Hjerson. ¡Si supieran cuánto le odio! Pero mi editor siempre me dice que no lo comente. En cualquier caso, supongo que la charla sobre detectives en la vida real surgió de todo eso, y hablé un poco de usted, y la chica estaba por allí escuchándome. Cuando usted mencionó a una Ofelia nada atractiva las piezas encajaron. Me dije: ¿A quién me recuerda?, y entonces la recordé. Por supuesto. La muchacha de la fiesta del otro día. Creo que era alguien de la casa, a menos que la esté confundiendo con alguna otra chica.

Poirot exhaló un suspiro. Cuando se trataba de la señora Oliver siempre era necesario tener una paciencia de santo.

—¿Quiénes eran las personas que la invitaron a tomar una copa?

—Creo que se llaman Trefusis, a menos que fuera Treherne. Un nombre así. Él es una personalidad. Un millonario. Es alguien importante en la City, pero ha pasado la mayor parte de su vida en Sudáfrica.

—¿Tiene esposa?

—Sí. Una mujer muy guapa. Mucho más joven que él. Una cabellera muy rubia. Su segunda esposa. La hija es de su primera esposa. También había un tío viejísimo. Algo sordo. Un personaje muy distinguido, con un montón de títulos y letras después del apellido. Un almirante, un mariscal del aire o algo así. Creo que también es astrónomo. Al menos, tiene un gran telescopio que sale por el tejado, aunque supongo que solo es una afición. También vi allí a una muchacha extranjera, que cuidaba del anciano. Creo que lo acompaña cuando va a Londres

y se ocupa de que no lo atropellen por la calle. Una joven bastante bonita.

Poirot clasificó la información que la señora Oliver le había suministrado, con la sensación de ser una computadora humana.

—Por lo tanto, en la casa viven el señor y la señora Trefusis...

—No, no es Trefusis. Ahora lo recuerdo. Es Restarick.

—El nombre no se parece en nada al otro.

—Sí que se parece. Es un nombre galés, ¿no?

—Por lo tanto —repitió Poirot—, en la casa viven el señor y la señora Restarick, el distinguido tío mayor. ¿Él también se llama Restarick?

—Se llama sir Roderick no sé cuántos.

—Después tenemos a la *au pair* o lo que sea, y a una hija. ¿Hay algún otro hijo o hija?

—No lo creo, aunque tampoco lo sé a ciencia cierta. A propósito, la muchacha no vive en la casa. Solo había ido allí a pasar el fin de semana. Supongo que no se lleva bien con su madrastra. Tiene un trabajo en Londres y se ha agenciado un novio que, por lo que me han dicho, a la familia no le cae nada bien.

—Parece usted saber muchísimo sobre esa familia.

—Ya sabe cómo son esas cosas, oyes esto y lo otro. Los Lorrimer son grandes conversadores. Siempre están hablando de este o aquel. Escuchas un montón de chismes sobre los vecinos y los amigos comunes. Claro que a veces te armas un lío, como es mi caso. No consigo recordar el nombre de pila de la muchacha. Algo relacionado con una canción. ¿Thora? «Háblame, Thora.» Thora, Thora. Algo así, ¿o era Myra? Myra, «Oh, Myra, mi amor es todo para ti». Algo así. «Soñé que vivía en palacios de mármol.» ¿Norma? ¿No sería Maritana? Norma, Norma Restarick. Eso es, estoy segura —afirmó, para después añadir—: Es la tercera muchacha.

—Creí haberle escuchado decir que era hija única.

—Así es.

—Entonces, ¿qué quiere decir con eso de que es la tercera muchacha?

—Dios mío, ¿no sabe usted lo que es una tercera muchacha? ¿No lee usted *The Times*?

—Leo los nacimientos, las necrológicas y las bodas, además de los artículos que me parecen interesantes.

—No, yo me refería a los anuncios clasificados de la primera página. Solo que ahora no están en la primera, por lo cual estoy pensando en pasarme a otro periódico. Pero se lo mostraré.

Se acercó a una mesa de centro y recogió *The Times*, buscó la página y se la mostró.

—Aquí tiene. Mire: «Tercera muchacha, para cómodo segundo piso, habitación propia, calefacción central, Earl's Court», «Se busca tercera muchacha para compartir piso. Cinco guineas semanales. Habitación propia», «Se busca cuarta muchacha. Regent's Park. Habitación propia». Así es como les gusta vivir ahora a las jóvenes. Es mejor que una residencia de estudiantes o un hostel. Una muchacha alquila un piso amueblado y después comparte el alquiler. Por lo general, la segunda muchacha es una amiga. Luego ponen un anuncio para buscar a una tercera, si no conocen a nadie más. Como puede ver, a menudo consiguen meter a una cuarta. La primera se queda con la mejor habitación, la segunda paga un poco menos, la tercera menos todavía y la meten en un cuartucho. Se ponen de acuerdo entre ellas para decidir qué noche de la semana le toca el piso a cada una, o algo así. Funciona bastante bien.

—¿Dónde vive en Londres la muchacha cuyo nombre podría ser Norma?

—Ya le he dicho que no sé nada más.

—¿Podría averiguarlo?

—Sí, supongo que será bastante sencillo.

—¿Está usted segura de que no se mencionó para nada la posibilidad de una muerte inesperada?

—¿Se refiere usted a una muerte en Londres o en casa de los Restarick?

—Donde sea.

—No lo creo. ¿Quiere que mire qué puedo averiguar?

La excitación hacía brillar los ojos de la señora Oliver. Comenzaba a disfrutar del juego.

—Sería muy amable por su parte.

—Llamaré a los Lorrimer. Es una hora apropiada. —Cogió el teléfono—. Tendré que pensar alguna excusa, inventarme alguna historia. —Miró a Poirot con una expresión de duda.

—Naturalmente. No hace falta decirlo. Usted es una mujer con imaginación, no tendrá ningún problema. Aunque tampoco sea demasiado fantástica. Moderación.

La señora Oliver asintió. Le dijo el número a la operadora.

—¿Tiene usted papel y lápiz, o una libreta, algo donde escribir nombres y direcciones? —le preguntó a Poirot en voz baja.

El detective ya tenía preparada la libreta y le respondió con un ademán afirmativo.

La señora Oliver volvió su atención al teléfono y comenzó a hablar con mucha animación. Poirot escuchó atentamente las palabras de su amiga.

—Hola. ¿Podría hablar con...? Ah, eres tú, Naomi. Soy Ariadne Oliver... Ah, sí, había bastante gente. ¿Te refieres al viejo? No, ya sabes que yo no... ¿Casi ciego? Creía que se marchaba a Londres con esa chica extranjera... Sí, supongo que debe de resultar algo preocupante para ellos, aunque me parece que ella sabe cómo tratarlo. Una de las cosas que quería preguntarte es la dirección de la muchacha... No, me refiero a la hija de los Restarick. Cae por South Ken, ¿no? ¿O era Knightsbridge? Verás, es que le prometí un libro.

Anoté la dirección, pero luego la perdí, como es habitual en mí. Ni siquiera recuerdo el nombre. ¿Es Thora o Norma...? Sí, ya me parecía que era Norma. Espera un momento, tengo que buscar un lápiz. Sí, ya está. 67 de Borodene Mansions... Lo sé, es ese bloque de pisos que parece una colmena... Sí, creo que los pisos son bastante cómodos. Calefacción central y todo lo demás. ¿Quiénes son las dos chicas que viven con ella? ¿Amigas tuyas o las conoció a través de un anuncio...? Claudia Reece-Holland, su padre es el diputado, ¿no? ¿Quién es la otra...? No, supongo que no lo sabes... Sí, ella también es muy agradable. ¿A qué se dedican? Todas estas chicas siempre dan la impresión de trabajar como secretarias, ¿verdad...? Ah, la otra joven es decoradora de interiores, ¿no es eso? O trabaja en una galería de arte... No, Naomi, por supuesto, no es que esté interesada en saberlo, solo que una se pregunta qué hacen todas esas chicas en la actualidad... Bueno, a mí me resulta imprescindible saberlo para mis libros, una tiene que mantenerse al día. ¿Fuiste tú la que me habló de un novio...? Sí, ya lo sé, pero te ves tan impotente. Me refiero a que las chicas de hoy hacen lo que les da la gana. ¿De verdad que tiene tan mala pinta? ¿Es de esos melenudos que no se lavan? Ah, es de esos. Chalecos de fantasía, y pelos largos y ondulados hasta los hombros... Sí, resulta difícil saber si son chicos o chicas, ¿verdad? Tienes razón, algunos, cuando son guapos, parecen sacados de un cuadro de Van Dyke... ¿Qué has dicho? ¿Que Andrew Restarick lo detesta? Sí, bueno, suele pasar con los hombres... ¿Mary Restarick? Eso de enfrentarse con la madrastra también es típico. Supongo que dará gracias porque la chica tenga un trabajo en Londres... ¿Qué quieres decir con que la gente murmura...? ¿Cómo? ¿Que no podía descubrir cuál era el problema? ¿Quién lo dijo...? Sí, pero ¿qué fue lo que ocultaron...? Ah, ¿una enfermera que se lo dijo a la gobernanta de los Jenner? ¿Te refieres al marido? Sí, sí, comprendido. Los médicos no lo pudieron descubrir... No,

pero la gente es tan mal pensada. Estoy de acuerdo contigo. Todas esas cosas acaban siendo una sarta de mentiras... Ah, gástrico. Absolutamente ridículo. No me digas que la gente dijo que... ¿cómo se llama?, sí, Andrew, intentó... ¿Que lo tuvo muy fácil con todos esos herbicidas en el cobertizo...? Sí, pero ¿por qué? Me refiero a que no es el caso de una esposa a la que se odia desde hace años, es la segunda esposa, mucho más joven que él y muy guapa... Sí, supongo que eso también, pero ¿por qué iba a hacerlo la chica extranjera? Ah, tú crees que quizá fue en venganza por algo que le dijo la señora Restarick. Es una chica muy atractiva. Supongo que quizá Andrew se encaprichó con ella, nada serio desde luego, aunque tal vez Mary se enfadó y entonces se las tuvo con la muchacha...

La señora Oliver vio por el rabillo del ojo que Poirot gesticulaba con auténtica desesperación.

—Un momento, querida —le rogó la escritora a su amiga—. Es el panadero. —Poirot pareció ofendido—. Espera un momento.

Dejó el teléfono, cruzó la sala a paso rápido y se llevó a Poirot a un rincón.

—Sí, ¿qué pasa? —le preguntó sin aliento.

—¡Yo, un panadero! —replicó Poirot agraviado.

—Tenía que inventarme algo. ¿A qué vienen tantas señas? ¿Se da cuenta de que...?

El detective la interrumpió.

—Ya me lo dirá más tarde. Ya es suficiente. Lo que quiero que haga, con su enorme capacidad de improvisación, es que busque alguna excusa creíble para que yo pueda ir a visitar a los Restarick. Quizá podría usted decir que un viejo amigo suyo visitará la zona...

—Déjelo de mi cuenta. Ya me inventaré algo. ¿Debo darles un nombre falso?

—Claro que no. Intentemos que todo sea lo más sencillo posible.

La señora Oliver asintió y volvió corriendo al teléfono.

—¿Naomi? Ya no recuerdo lo que estábamos diciendo. ¿Por qué siempre tienen que venir a interrumpirte cuando estás disfrutando de una agradable charla? Ahora se me ha ido de la cabeza el motivo de la llamada. Ah, sí, la dirección de esa chica, la tal Thora, perdón, quería decir Norma. Te la pregunté y tú me la diste. Ahora que caigo, quería pedirte algo más. Se trata de un amigo mío. Un hombre realmente fascinante. Precisamente estuve hablando de él en la fiesta del otro día. Se llama Hércules Poirot. Se alojará muy cerca de los Restarick y tiene muchísimo interés en ver al viejo sir Roderick. Sabe un montón de cosas sobre él y le profesa una gran admiración por no sé qué invento suyo durante la guerra, o algo científico que hizo. La cuestión es que está ansioso por «ir a verle y presentarle sus respetos», como dice él... ¿Te parece bien? ¿Crees que les podrás llamar para avisarlos de su visita? Sí, es probable que se presente cuando menos se lo esperen. Conoce varias historias de espionaje verdaderamente extraordinarias. Si se lo piden, seguro que les contará alguna... ¿El qué...? Ah, el jardinero... Sí, desde luego. Adiós. —La señora Oliver colgó el auricular y se desplomó en un sillón—. Caramba, estoy agotada. ¿Cómo me ha visto?

—No ha estado mal.

—Me ha parecido que lo mejor sería poner al viejo como excusa. Después podrá ver a los demás, tal como es su intención. Además, siempre es fácil mostrarse vago en lo que se refiere a temas científicos cuando eres mujer, y usted tendrá tiempo para inventarse algo más creíble para cuando llegue allí. ¿Quiere saber lo que me ha dicho?

—Supongo que corren ciertos rumores sobre la salud de la señora Restarick, ¿no es así?

—Eso es. Al parecer, sufrió una extraña enfermedad de tipo gástrico y los médicos iban despistados. La enviaron a

un hospital y se recuperó muy bien, pero no supieron dar con la causa. Así que la enviaron de regreso a su casa y volvió a tener el mismo problema. Los médicos no supieron qué decir. Entonces, la gente comenzó a murmurar. Una enfermera irresponsable desató las habladurías. Se lo dijo a su hermana y esta a una vecina, que es asistente, y esta de inmediato se lo contó a alguien más. La gente comenzó a decir que posiblemente el marido había intentado envenenarla. Lo típico. Aunque en este caso no tiene el menor sentido. Después Naomi y yo nos preguntamos si la *au pair* tendría algo que ver, pero ella se ocupa exclusivamente del viejo, así que no había ningún motivo para que quisiera acabar con la señora Restarick echándole herbicida en el té.

—Me ha parecido oír que usted sugería unos cuantos motivos.

—Bueno, la verdad es que todo es posible.

—Un asesinato deseado —señaló Poirot pensativo—, aunque todavía no cometido.